

LA ALAMEDA DE LOS DESCALZOS DE LIMA Y SU RELACION CON LAS DE HERCULES DE SEVILLA Y LA DEL PRADO DE VALLADOLID *

por

M.^a ANTONIA DURÁN MONTERO

El tema de esta comunicación es la Alameda de los Descalzos de Lima y su relación con dos alamedas existentes en el siglo XVII en España: la de Hércules de Sevilla, y la del Prado de Valladolid.

La conexión entre ellas nos viene dada por lo siguiente. La alameda limeña siempre se ha considerado hecha a imitación de la de Hércules. Más adelante veremos si esto es cierto, considerando el aspecto que ambas tuvieron en sus orígenes, bastante diferente al que presentan en la actualidad, tras sucesivas transformaciones y dado el estado de deterioro y abandono en que se encuentran sumidas. Había razones para explicar la similitud: la sevillana se hace a instancias del Asistente de la ciudad, Conde de Barajas, en 1574; un sucesor suyo en el cargo, el Marqués de Montesclaros, pasa a América, primero al Virreinato de México y, posteriormente, al de Perú con el cargo de Virrey.

Este personaje, D. Juan de Mendoza y Lerma, que lógicamente conocería perfectamente el paseo hispalense, insta a la ciudad de Lima para que se haga una alameda allá. De mo-

* Agradezco a D.^a Fuensanta García de la Torre y a D. Luis Luna Moreno su colaboración en la realización de este trabajo.

do que estaba establecida la relación entre ambas. Además siempre existió una conexión entre las dos poblaciones, y un afán de imitar a Sevilla por parte de Lima; así en la toponimia de algunos barrios y en ciertos litigios, sobre todo relacionados con el protocolo en ceremonias, que siempre se solucionaban recurriendo a hacer lo mismo que en Sevilla.

Sin embargo, en carta dirigida al rey el 11 de abril de 1611, el Marqués de Montesclaros dice que él hizo «plantar una alameda desde San Diego, convento de Frailes Franciscanos Recoletos, a imitación de la que V.M. se sirvió hubiese desde Nuestra Señora del Prado a Valladolid, aunque la distancia de acá es mucho menor»,¹ aduciendo como razón para ello el divertir a los habitantes de Lima.

De modo que aparece aquí una referencia a un paseo distinto al que siempre se había considerado como modelo. Se trata de un testimonio que consideramos hay que tener en cuenta, pues es una manifestación hecha por el impulsor de la obra.

ALAMEDA DE LOS DESCALZOS. LIMA

Se ubica próxima al barrio de San Lázaro, precisamente sobre el camino que unía dicho barrio con la Recoleta de los Descalzos, que da nombre al paseo. En su creación es posible que influyera el hecho de que unos años antes, en 1590, los indios que vivían en la zona se trasladasen a la reducción de Santiago del Cercado.² D. García Hurtado de Mendoza informa al rey tres años después que en el lugar donde estaban los indios se han hecho «mesones, pulperías y otras cosas tan buenas».³ De manera que sería un lugar de esparcimiento para la ciudad.

En cualquier caso la margen izquierda del Rimac fue, parece ser que desde el principio, punto de atracción para el ocio

1 A.G.I., Lima, 36.

2 A.G.I., Lima, 36 (expediente 36) y Lima, 32 (expediente 56).

3 A.G.I., Lima, 33.

de los limeños. Tal es el caso de San Cristóbal y los Amancaes; curiosamente había que pasar por lo que posteriormente sería la Alameda, y por ella una vez realizada, para dirigirse a ellos. Ambos son colinas, las primeras estribaciones de los Andes, de modo que la Alameda sería el último tramo recto. Posiblemente deban su atractivo al hecho de ser alturas, pues desde ellas se dominaría la llanura que se extiende hasta la costa, ofreciendo una grata vista.

El cerro de San Cristóbal, al fondo de la Alameda, tras la recoleta, debe su nombre y el haber sido lugar de una romería anual a los siguientes hechos, recogidos por Ricardo Palma en una de sus *Tradiciones Peruanas*.⁴

En los tiempos inmediatos a la conquista y recién fundada la ciudad, ésta se vio atacada por los indios, haciéndola peligrar seriamente. Durante las escaramuzas los españoles observaron como ellos pasaban el río sin problemas encomendándose a San Cristóbal, en tanto que los indios se ahogaban. En una situación límite y cuando Francisco Pizarro daba por perdida su causa, el 14 de septiembre, los sitadores, sin razón aparente, se retiraron. En agradecimiento mandó levantar en este cerro una capilla en honor del santo, en 1537.

Como por estas fechas aún no había una iglesia en Lima y la misa se celebraba en un altar portátil en la plaza mayor, eran muchos los limeños que acudían a esta capilla a escuchar la misa dominical y a pasear por los campos circundantes. También se celebraba anualmente una romería, que Palma dice tenía lugar el 14 de septiembre, pero según el *Diario de Lima*, de Suardo, se hacía el 27 de julio de cada año.

Los Amancaes eran unas colinas, igualmente próximas a la ciudad, cuyo camino partía al final de la Alameda, a la izquierda. Debían su nombre a una flor de color amarillo, así llamadas, que en ellas crecían abundantemente. Era un lugar frecuentado desde siempre, a donde se acudía de excursión, como refleja un óleo de Rugendas de 1843; también se celebraban monterías, cuyos participantes con sus caballos, jaurías

4 Palma, Ricardo: *Tradiciones Peruanas*, Espasa Calpe, Madrid, 1933, t. III, pág. 19.

de perros y piezas cobradas pasarían de regreso por la Alameda en un desfile colorista y ruidoso.

Volviendo a la Alameda, mencionaremos en primer lugar la Recoleta, telón de fondo de la misma. Fue la primera que hubo en Lima, como recoge D. Jorge Bernales.⁵ Se levantó su fábrica en 1596; estaba rodeada por el cerro de San Cristóbal, huertas y la zona conocida como el Pedregal; sólo tenía despejado el frente: un camino que le unía al barrio de San Lázaro. Ante esta situación, los alcaldes, D. Juan Dábalos de Ribera y D. Fernando de Córdoba Figueroa, proponen en el Cabildo de la ciudad de los Reyes, con fecha 6 de febrero de 1609, y a propuesta del virrey Marqués de Montesclaros, «que sería bien se hiciese una alameda desde el molino de Francisco de Sanpedro hasta el convento de los frailes Descalzos para que el camino se aderece y limpie de las muchas piedras y arena que en él hay para que con mayor facilidad la gente devota de aquella religión frecuente ir a ella y no haber ningún alivio de sombra en tiempo de verano no lo pueden hacer todas las veces que hay necesidad, sino es muy a costa de su salud». ⁶ Lo sdichos Alcaldes manifiestan igualmente que el Virrey ayudará económicamente. La propuesta es aceptada y se ordena que se inicie la obra con el número de árboles y fuentes necesarios. Se nombran comisarios de la obra a los mencionados Alcaldes.

En una nueva sesión del Cabildo, celebrada el 15 de mayo del mismo año, ⁷ se informa que las obras se iniciaron el 13 de ese mes. Se comenzó por las cañerías que suministrarían agua a las fuentes. Es necesario dinero para costear estos gastos y, como el virrey no había entregado la cantidad prometida, se creyó conveniente dar de los «propios y rentas» de la ciudad mil quinientos pesos de «a nueve reales». No obstante el Marqués cumplió su promesa y entregó dos mil pesos de «a ocho reales»; pero faltó dinero según se deduce del acta

5 Bernales Ballesteros, Jorge: *El primer convento recoleto de Lima*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1966-1968, pág. 105.

6 Libros de Cabildo de Lima, t. XV, pág. 765.

7 *Ibíd*em, págs. 837-8.

de Cabildo de 4 de diciembre de 1609.⁸ En la sesión se leyó un memorial del Virrey al Cabildo; se informa que se adeudan mil cuatrocientos cincuenta pesos de a «ocho reales» en jornales y otros gastos, siendo los jornales adeudados a negros e indios, gente humilde y necesitada, a los que se debe pagar urgentemente. Por ello el Cabildo entregará de los propios dos mil reales de «a ocho». También se habla de dar maderas (diez piezas) para «la casa que está en dicha obra»; debe tratarse del cobertizo en el que se guardarían herramientas y otros útiles.

En otra sesión de Cabildo celebrada unos días después (14 de diciembre de 1609),⁹ el Mayordomo de la ciudad, Gabriel Gutiérrez de la Cruz, pide se le tomen las cuentas de lo gastado hasta entonces, pero desgraciadamente no aparecen estas cuentas que podrían aportar una serie de datos interesantes.

La obra se terminó dos años después, en 1611. Para saber como sería su aspecto seguiremos a los cronistas. El P. Bernabé Cobo, en su *Historia de la fundación de la ciudad de Lima*,¹⁰ obra cuya dedicatoria tiene fecha de 1639, por lo que hay una proximidad en el tiempo, describe que tiene tres calles muy anchas, que hay ocho hileras de árboles de distinto tipo y en calle central, equidistantes entre sí, tres fuentes de piedra labrada, que, según él, se abastecían de agua del río. Critica que está, ya por aquel entonces, en muy mal estado: las plantas poco abonadas, el suelo pedregoso... Dice literalmente que para su realización se tomó como modelo la Alameda de Sevilla «en su traza y grandeza»; así mismo narra que la gente de la ciudad acude a ella sobre todo en verano por ser un lugar fresco y grato para el paseo.

Otro cronista también próximo en el tiempo a la fundación de la Alameda, F. Buenaventura de Salinas y Córdoba,¹¹

8 *Ibidem*, págs. 923-4.

9 *Ibidem*, págs. 929-930.

10 Cobo, Bernabé: *Historia de la fundación de la ciudad de Lima*, en «Monografías históricas de la ciudad de Lima», Consejo Provincial de Lima, Lima, 1935, t. I, pág. 59.

11 Salinas y Córdoba, F. Bartolomé: *Memorial de las Historias del Nuevo Mundo, Perú*, Universidad Nacional de San Marcos, Lima, 1957, págs. 107-108.

quien curiosamente en su juventud fue paje de Montesclaros, nos describe elogiosa y detalladamente el paseo. Tiene siete calles: tres principales (que serán las mencionadas por Cobo) y cuatro más estrechas. Para dar idea de su tamaño, tal vez exagerando, dice que por las primeras «pueden rodar hasta seis carrozas» (se deduce que a lo ancho) y por las estrechas una carroza. Los árboles que la hermosean son, entre otros, naranjos, sauces, olivos y nogales. Alaba la magnífica vista del convento al fondo, visible desde la entrada al paseo. Menciona las tres fuentes de piedra en la calle principal. Sobre el comportamiento de los limeños en el paseo amplía lo dicho por Cobo: las damas acuden en carrozas, en más de cuatrocientas (número posiblemente excesivo); desde su interior hablan con los caballeros, como si se tratara de un balcón en medio de un ambiente grato y fresco.

El Marqués de Montesclaros, según es tradición, se construyó una casa junto a la recoleta, próxima a un lugar tan agradable,¹² con un balcón de celosía de madera de roble, tan típicos de la arquitectura limeña. Su ejemplo sería seguido por otros poderosos que también se construyeron residencias en sus inmediaciones. Pasado el tiempo una de las vecinas fue, según leyenda no confirmada, la famosa Perricholi.

Posteriormente se construyeron a los lados dos edificios religiosos más: el Patrocinio en 1680, y Santa Liberata en 1711, hecha en desagravio por el robo de formas que se hizo en el Sagrario.

Cronistas del siglo siguiente al de su creación siguen alabando la Alameda. Le Sieur Bachelier,¹³ en 1709, habla de los naranjos y limoneros que la adornan y de dos arroyos de agua clara que corren lateralmente. La misma visión la encontramos en una descripción dialogada del Perú entre un chapetón y un peruano,¹⁴ sin fecha, pero presumiblemente de fines del XVIII; dicen que «la hacen deleitable seis espaciosas calles de frondosas arboledas de naranjos, limoneros, ála-

12 Angulo, Diego: *El barrio de San Lázaro*, en «Monografías Históricas de la ciudad de Lima», Concejo Provincial de Lima, Lima, 1935, t. II, pág. 122.

13 Porras Barrenechea, Raúl: *Pequeña antología de Lima*, Madrid, 1935, pág. 210.

14 A.G.I., Indiferente General, 1.528.

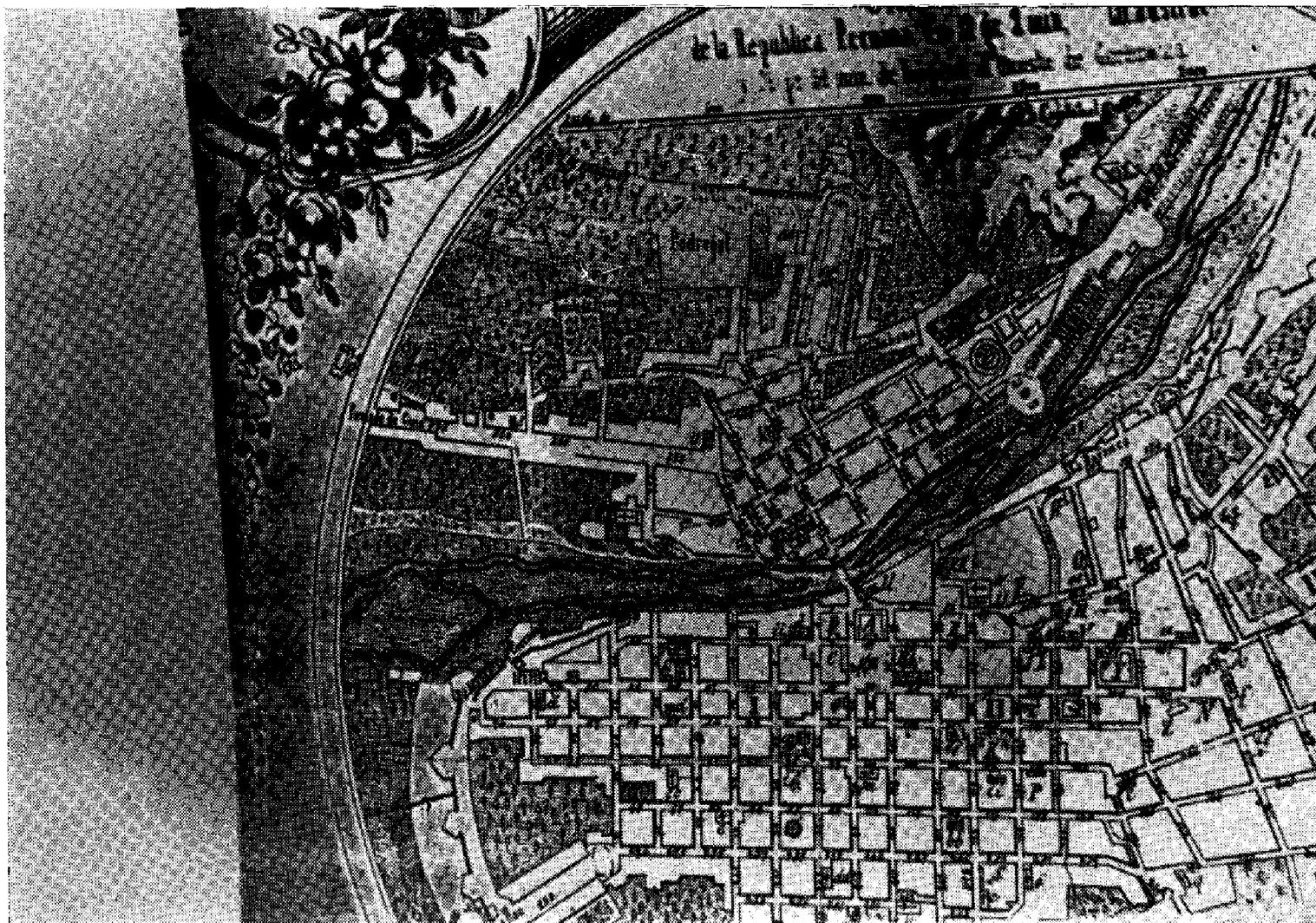


Lámina 1. Fragmento de un plano de Lima de 1858. En la parte superior y señalada con una H, la Alameda de los Descalzos.



Lámina 2. Plano de Sevilla de 1771. En el centro la Alameda de Hércules



Lámina 3. Plano de Valladolid de 1738. A la izquierda, entre dos flechas, el paseo que conducía al convento del Prado, señalado con la flecha inferior.

mos, sauces y cipreses en bien dispuesta simetría; proporcionan cinco paseos, los tres del medio y colaterales para la ruta de las calesas, coches y carrozas y las dos de los semicentros para la gente de a pie; hay muchos pilones para depositar las aguas que se invierten en el riego de los árboles y paseo, y así mismo cinco fuentes, con bien concertadas distancias...».

Siguiendo el Diario de Lima de Suardo se puede observar como esta Alameda era un lugar de paseo al que se acudía frecuentemente, sobre todo en determinados días del año, como el de San Juan, en el que solían acudir los virreyes; siendo ese día particularmente animado, pues era frecuente que muchos vecinos acudieran a pasar el día a Amancaes, siendo su paso obligado la Alameda, como ya se mencionó.

Se acostumbraban celebrar allí carreras de caballos y era usual acudir allá en carrozas y a caballo.

Ya en el siglo XIX, en 1856, la Alameda sufrió una remodelación: se le colocó una verja, se hizo una fuente con surtidos, se replantaron árboles, etc.¹⁵

FINANCIACIÓN PARA SU MANTENIMIENTO

A través de una serie de documentos del A.G.I. se puede saber de dónde se obtenía el dinero para el mantenimiento de la Alameda, financiación no exenta de polémica.

El Virrey, Marqués de Montesclaros concedió a la ciudad el estanco de la nieve y la aloja para el aderezo y reparo de la Alameda y fuentes.¹⁶ Su sucesor, el Príncipe de Esquilache, suprime el privilegio; el Cabildo protesta¹⁷ y el Virrey Marqués de Guadalcazar lo restituye, concertándose con «un hombre (el estanco), que se obliga de dar limpia y replantada la dicha Alameda y aderezadas sus fuentes por ocho años».¹⁸

En cualquier caso los ánimos no están calmados. Así el

15 Fuentes, M.: *Lima. Esquisses historiques, statistiques, administratives, commerciales et morales*, París, 1867.

16 A.G.I., Lima, 99.

17 A.G.I., Lima, 45, núm. 4, fol. 36.

18 Cartas del Virrey al Rey, fechadas en Lima a 18 de marzo de 1627. A.G.I., Lima, 99.

Contador Hernando de Valencia, en carta al Rey con fecha 14 de junio de 1632,¹⁹ le informa como la ciudad le ha dado el estanco a un particular, Antolín de Reinoso, a cambio de que se ocupe de la Alameda; pero Hernando de Valencia considera esto innecesario, pues la Alameda y sus fuentes están acabadas y no hay nada que hacer, pues «no se riega como allá el Prado». ¿Será una nueva referencia al paseo vallisoletano? De modo que terminada y sin tener que regarla (aunque por las descripciones anteriormente mencionadas se deduce que sus árboles si se regaban), no tiene sentido la concesión del estanco a un particular. Dice que para lo único que sirve esta medida es para que el Virrey y los Regidores tengan toda la nieve que quieran gratuitamente.

En 1635 se suprime el privilegio al Cabildo y éste lógicamente intenta recuperarlo; para ello informa al Rey del estado de la Alameda de la manera más trágica: en 1637 se comunica como los árboles se arrancan y secan, las fuentes se deterioran de forma que en poco tiempo «estará desrtuida».²⁰ La visión desoladora la continúan dos años después.²¹ A fin de hacer más creíbles sus deplorables descripciones del paseo, acompañan sus cartas con un informe en el que se toma declaración a varios testigos, vecinos de Lima, los cuales insisten en el deterioro de la Alameda en los últimos años (justamente desde que se suprimió el estanco al Cabildo), frente al magnífico estado anterior.

Las súplicas no fueron atendidas pues los beneficios obtenidos por el estanco de la nieve y aloja de la ciudad de los Reyes, por aquel entonces tenían otro destino. Según cartas del Rey dirigidas a los Virreyes Conde de Chinchón y Marqués de Mancera, fechadas entre 1634 y 1639,²² éste les insta repetidamente para que el dinero obtenido gracias al estanco lo envíen en cuenta aparte para costear los gastos ocasionados por la ornamentación del palacio del Buen Retiro y otras obras, como el palacio de la Zarzuela en Madrid.

19 A.G.I., Lima, 46, núm. 6.

20 El Cabildo al Rey a 30 de mayo de 1637. A.G.I., Lima, 109.

21 A.G.I., Lima, 109.

22 A.G.I., Lima, 572.

ALAMEDA DE HERCULES. SEVILLA

En el siglo XVI, entre los años 1574 y 1578, se realiza la Alameda de Hércules, en Sevilla. El lugar en el que se ubica era conocido como la Laguna, pues «por ser el punto más bajo de la ciudad recogía todas las aguas de lluvia, que allí estancadas o encharcadas por la imperfección del sistema de desagüe hacían aquel sitio el más insalubre de la población».²³

D. Francisco de Zapata Cisneros, Conde de Barajas, Asistente de la ciudad, acomete la obra a costa de los propios de la misma. En primer lugar se procedió a rellenar con escombros la laguna. Montoto²⁴ dice que se abrieron unos canales a lo largo de la zona, donde se recogía el agua, que por un husillo se conducía al río. Estos canales eran atravesados por puentecillos, y estaban bordeados por una doble hilera de árboles. Un tercer canal corría por el centro del paseo, «como los anteriores con paredes de cal y ladrillo». Este recogía el agua de tres fuentes, situadas en los extremos y el centro de la Alameda, y cuya agua provenía de las Fuentes del Arzobispo. Se plantaron ocho hileras de álamos, el número de éstos fue de mil seiscientos,²⁵ que se regaban con el agua de los canales anteriormente mencionados, que contribuían, así mismo, a refrescar el ambiente. Las fuentes fueron diseñadas por Maeda y las tallaron Bautista Vázquez y Diego de Pesquera, quien diseñó también los caños de bronce de las mismas, que fueron fundidos por Morel. El tema de las fuentes era mitológico: Baco, en la tallada por Pesquera, y Apolo y las Ninfas, en la de Bautista Vázquez.²⁶

A la entrada se colocaron dos columnas, que procedían de un templo romano, ubicado en la calle Mármoles, y que según tradición, estuvo dedicado a Hércules, de acuerdo con las noticias recogidas por Gestoso. Se colocaron sobre unas

23 Guichot, Joaquín: *Historia de la ciudad de Sevilla y pueblos importantes de su provincia*, Sevilla, 1876, págs. 24-31.

24 Montoto, Santiago: *Las calles de Sevilla*, Imprenta Hispania, Sevilla, 1940, págs. 24-31.

25 Gestoso, José: *Sevilla monumental artística*, Sevilla, 1982, t. III, págs. 239 y ss.

26 Montoto, Santiago: op. cit., págs. 24 a 31.

bases talladas en piedra de Morón, y los capiteles, también según Gestoso, se llevaron de una casa de la calle Abades; apunta que, muy posiblemente, de las termas romanas allí situadas. Sobre ellas se colocaron las estatuas de Hércules, fundador mitológico de la ciudad, y de Julio César, gran impulsor y benefactor de la misma. Son obra de Pesquera. Ambos personajes son trasuntos de Carlos I y Felipe II, monarca reinante en el momento de la creación de la Alameda. Así lo recogen las inscripciones situadas en las mismas columnas, hoy borradas, pero que recoge Guichot en su *Historia de Sevilla*.²⁷

Años después se labraron y colocaron otras tres fuentes, a juego con las ya existentes, y también al final del paseo se pusieron dos columnas similares a las de la entrada; sobre cada una de ellas se colocó la escultura de un león, que sostenían, respectivamente, los escudos de Sevilla y de España.

El tamaño del paseo era de 560 varas de largo por 150 de ancho,²⁸ es decir, 464,8 metros por 124,8; amplio espacio abierto que sin duda debió admirar a los sevillanos de la época, pues contrastaría enormemente con el resto de la ciudad, donde, por aquel entonces, los espacios abiertos eran escasos, como correspondía a una ciudad de trazado urbano medieval. No obstante, parece ser que por la proximidad de calles donde vivían gente «marginal», como era el caso de la calle Feria, la Alameda no tenía un ambiente «bueno» y recomendable a cualquier hora, lo que hacía que hubiese un cierto retraimiento por parte de muchos sevillanos a la hora de utilizarla como lugar de paseo.

ALAMEDA DEL PRADO. VALLADOLID

En esta ciudad había por estas fechas varios prados y alamedas, pero por las palabras de Montesclaros es evidente que se refiere a la que conducía al monasterio jerónimo de la Vir-

27 Guichot, Joaquín: op. cit., t. IV, pág. 97.

28 Montoto, S.: op. cit., págs. 24-31.

gen del Prado, situada en la margen izquierda del Pisuerga, a la que se pasaba por el Puente Mayor. Precisamente desde este puente, y pasando por detrás de la llamada Huerta del Rey, corría un paseo «con una doble calle de álamos y otro lado del muro, que creciendo será el más hermoso paseo de Valladolid y de España», según palabras de Pinheiro da Veiga, en su crónica de 1605.²⁹ En la misma obra sigue informando acerca de «aquella famosa vista y calle de álamos de una milla (1.481 m)., con agua que los riega... y cada vez parecerán mejores, y no creo que pueda haber sitio semejante en ninguna parte».³⁰ Por sus palabras parece deducirse que se ha hecho una reciente replantación de álamos, pues hace alusión a cuando crezcan.

CONCLUSIONES

Por lo mencionado hasta aquí parece estar claro que formalmente la relación es clara entre la Alameda de Hércules y la de los Descalzos de Lima. En ambos casos en sus orígenes tienen el mismo número de hileras de árboles, de calles, canales en una y otra, tres fuentes de piedra labrada; mientras que la de Valladolid es una calle de álamos. No obstante, el fondo de la de Lima está ocupado por un edificio de religiosos, igual que sucedía en la del Prado, y no así en Sevilla, en la que si bien había en su entorno algunos edificios religiosos (colegio de Becas, iglesias de Belem, del Carmen, etc.), no eran en ningún caso parte integrante de la imagen inicial de la Alameda.

Otra similitud con la de Valladolid estaría en su situación con respecto a la ciudad; en ambos casos se encuentran en la margen izquierda de los ríos que las atraviesan, en zonas de esparcimiento de la población, en las que hubo huertas, casas de recreo... Mientras que la Alameda de Hércules está en el centro de la población.

29 Pinheiro da Veiga, T.: *Fastiginia o fastos geniales*, Valladolid, 1973, págs. 68-69.

30 Pinheiro da Veiga, T.: op. cit., pág. 296.

En cualquier caso nos inclinamos a pensar que se tuvo como modelo para la limeña a la sevillana, entonces ¿por qué se menciona a la de Valladolid?; nos parece que el hecho de mencionarla se debe posiblemente a un intento de halagar al Rey, pues, como ya se ha mencionado, parece deducirse de la obra de Pinheiro da Veiga una reforma en ella, probablemente con el apoyo o beneplácito del monarca, cuando tuvo su corte en esta ciudad (1601 a 1606). Conocedor de esta circunstancia, Montesclaros la menciona como digna de ser imitada, eludiendo el que parece ser fue su verdadero ejemplo.